

CLAVIGERO* ANTE LA CONCIENCIA HISTORIOGRÁFICA MEXICANA

JUAN A. ORTEGA Y MEDINA

Clavigero es el más popular de
nuestros escritores y el más digno
de serlo.

JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA¹

De dos secciones consta este estudio dedicado a desentrañar los valores historiográficos de nuestro insigne jesuita ilustrado y pues dieciochesco, Francisco Javier Clavigero. En la primera procuramos dar cuenta de lo que los mexicanos más representativos y alguno que otro crítico extranjero han opinado sobre la personalidad y las obras históricas de nuestro historiador veracruzano; en la segunda sección nos abocamos, por nuestra cuenta, a dar razón de la problemática histórica ínsita en la *Historia antigua de México*.

Es, pues, de rigor, por lo que toca al inicio de la sección primera, referirnos al biógrafo por antonomasia del padre Clavigero, al también jesuita y veracruzano Juan Luis Maneiro que escribió en latín la biografía de su paisano, la cual ha sido traducida hace ya algunos años por el filósofo y humanista doctor Bernabé Navarro en su *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII* (1956) y que ha vuelto a ser trasladada al castellano por Jesús Gómez Fregoso en 1979 e incluida en su *Clavijero: ensayo de interpretación y aportaciones para su estudio*, en cuya "Presentación" nos da la peregrina noticia de que se decidió a emprender la nueva traducción porque no encontró "en la ciudad [de Guadalajara] ningún ejemplar de la traducción de Bernabé Navarro". Ambas

* Clavigero con g porque así escribía su apellido; sin embargo, cuando transcribimos una cita o un título lo escribimos con j.

¹ Joaquín García Icazbalceta, "Historiadores de México", en *Opúsculos y biografías*, México, 1942, p. 9.

versiones tienen, empero, como antecedente la fragmentaria de Gabriel Méndez Plancarte en su *Humanistas del siglo XVIII* (1941).

Maneiro nos cuenta que Clavigero, desterrado en Italia (Bologna), se decidió a escribir su *Historia Antigua de México* dado el "afecto que desde siempre había sentido hacia los mexicanos [los indios en este caso] y hacia su tierra y su patria", y además, prosigue el biógrafo, muy especialmente motivado por las *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* del abate prusiano Cornelio De Pauw (1768), uno de los principales forjadores o, mejor, difamadores, en unión de Raynal, Robertson y Buffon de lo que Edmundo O'Gorman ha llamado "la calumnia de América". Y refiriéndose Maneiro al método utilizado por su biografiado, expone que éste, en respuesta a unas tenues censuras de que fue objeto, contestó que apreciaba al máximo "seguir el testimonio histórico" que le dictaba la inviolable verdad, "después de indagar largamente todo el asunto". Porque según declaración de Clavigero, "los trabajos con que investigaba la verdad de un punto dudoso resultaban muy agradables". Maneiro también se refiere al impacto que produjo la *Historia* no sólo en Italia sino en el resto de la Europa culta y crítica donde la Ilustración había tomado firme asiento.

Por supuesto, a la *Historia antigua de México* (Cesena, 1780) no le faltaron críticos; lo curioso si no es que anómalo del caso es que la contracrítica no sólo provino de los propios autores ilustrados aludidos, sino del propio campo jesuítico desterrado en Italia. El padre Diosdado Caballero que con pretexto de defender al conquistador Hernán Cortés, (*L'eroismo di Ferdinando Cortese cofermato contre le censure nemiche*, Roma MDCCCVI) de las críticas clavigerianas, puso en tela de juicio las elucubraciones históricas y arqueológicas con que nuestro historiador veracruzano había probado y defendido el esplendor de la civilización prehispánica náhuatl.²

Lo peor del caso fue que el opúsculo del "abate" Caballero parece ser que influyó en que no se hiciese en España la proyectada edición en español que el propio Clavigero había escrito, y la cual se vería además enriquecida con las *notas* críticas que el bachiller don José Antonio Alzate había redactado para la edición en la península. Las setenta y ocho notas encontradas hasta ahora

Citado por Elías Trabulse, "Un airado mentís a Clavigero", en *Historia Mexi*, núm. 97, México, 1976.

nos prueban que Alzate, al igual que Clavigero, defendía al mundo prehispánico y al indio contemporáneo; alababa las virtudes de éste, atenuaba sus vicios y sostenía también la necesidad de preservar los restos de la cultura prehispánica.³

Durante la primera mitad del siglo XIX, el México republicano no tuvo el suficiente sosiego para ocuparse de la *Historia* de Clavigero; sin embargo, para el apasionado historiador de la insurrección e independencia, don Carlos María de Bustamante, no pasó desapercibida puesto que pudo leer en el famoso *Ensayo político* novohispano (1807-1811. España 1822) de Alejandro de Humboldt todo lo que este científico extrajo de la *Storia Antica de Messico*, escrita, indica el barón prusiano, por "las sabias investigaciones del historiador mexicano, el abate Clavigero".⁴ Otro historiador que mucho influyó en la fama posterior de Clavigero fue William H. Prescott, cuyo libro primero de su famosa obra *Historia de la Conquista de México* (1843) no hubiera podido ser escrito sin el conocimiento exhaustivo de la *Historia Antigua de México*, y por supuesto de otras fuentes informativas procedentes de los historiadores y cronistas de Indias.⁵ Prescott reconoce que dos de las principales autoridades consultadas por él para escribir el capítulo II del libro primero fueron fray Juan de Torquemada (*Monarquía Indiana*) y Clavigero.

Don Lucas Alamán, el gran historiador conservador, califica de inmortal a Clavigero y en la *Historia de México* (1849-1852) lo llama patriótica y certeramente "nuestro historiador nacional".⁶ Y por su parte el político liberal don Tadeo Ortiz en su *México considerado como Nación Independiente y Libre* (1832), considera la *Historia* de Clavigero como eminentemente clásica; obra maestra y, por lo tanto, "una de las más bellas producciones en su género que se habían visto".⁷ José Joaquín Pesado en su artículo publicado en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* (1853) alude, inspirado como casi todos los biógrafos en Maneiro, a las críticas de Clavigero contra las "gratuitas suposiciones de De Pauw".

³ Roberto Moreno de los Arcos, "Las notas de Alzate a la *Historia Antigua de Clavigero*", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. x, México, 1972.

⁴ *Ensayo político*, México, Editorial Porrúa, 1966, p. 5 ("Sepan Cuántos...", 39).

⁵ *Historia de la Conquista de México*, México, Editorial Porrúa, 1970, p. 31 ("Sepan Cuántos...", 150).

⁶ Véase *Historia de México*, México, Editorial Jus, 1942, tomo I, nota 2.

⁷ Editado en Burdeos, Imprenta de Carlos Laval, 1832, p. 209.

Las investigaciones arqueológicas de don Fernando Ramírez y las históricas de don Manuel Orozco y Berra son deudoras de los hallazgos hermenéuticos del jesuita desterrado, pues les han de servir para llevar a cabo sus indagaciones y soluciones indianistas. Algo semejante ocurre con Riva Palacio y Alfredo Chavero, pues en la parte que a cada uno de ellos corresponde en el *México a través de los siglos* (1884-1889), reconocen que la obra de Clavigero es básica para el conocimiento de la historia prehispánica y virreinal (conquista) de México.

A comienzos del siglo xx los merecimientos de Clavigero aumentan, como puede apreciarse consultando la *Bibliografía Mexicana del siglo XVIII* de Francisco Díaz de León (1902-1908); la *Bibliografía Filosófica Mexicana* del presbítero Emeterio Valverde Téllez (1907); las *Noticias bibliográficas de los jesuitas expulsos de América en 1767* de José Toribio Medina, y la excepcional *Noticia bio-bibliográfica* acerca de Clavigero, escrita por Luis González Obregón en su edición de 1917 de la *Historia Antigua de México* (séptima edición en español y quinta de la traducción de José Joaquín de Mora). En esta *Noticia* González Obregón escribe que "una obra que con excelente método, aceptable crítica y selecta erudición, limpia de fastidiosos textos y en estilo elegante, trazara el cuadro de la civilización indígena y de la conquista hispánica no la tuvimos sino hasta la aparición de la *Storia antica del Messico*".

De acuerdo con el orden cronológico que en cierto modo hemos seguido hasta aquí, tócanos abordar ahora las opiniones del que fue un profundo admirador y panegirista de Clavigero, el historiador Rafael García Granados. Con motivo del segundo centenario del nacimiento de Clavigero (9 de septiembre de 1931) se celebró en la capital mexicana la conmemoración de dicho natalicio, que quedó a cargo de la Dirección General de Acción Cívica del Departamento del Distrito Federal, la cual constituyó una comisión organizadora en la que estuvieron representadas las instituciones culturales más respetables de la ciudad de México. El programa organizado comprendió conferencias sobre Clavigero a cargo de don Jesús Galindo y Villa y del coronel Rubén García; un discurso a cuenta del licenciado Ramón Mena; estudio bibliográfico por el profesor Rafael García Granados y una disertación pública del maestro Francisco Monterde. Hubo además placas que descubrir, exposición de las obras históricas de Clavigero, excursión a Tepetzotlán y pláticas a los escolapios de todas

las escuelas capitalinas. Fuera del programa se acordó la publicación de la *Historia de la Antigua Baja California* de Clavigero, la cual fue editada por el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía (México, 1933, segunda edición de esta obra). Justamente el prefacio de esta publicación fue escrito por García Granados, quien recordando la lamentación de nuestro historiador jesuita por haberse suprimido en la Universidad Pontificia la cátedra de Antigüedades, propuso, y se salió con la suya, que "la campaña iniciada por Clavigero en 1780 [cristalizara] en 1933 con el establecimiento, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la cátedra de Historia Antigua de México".⁸ Resulta obvio decir que el primer profesor de la cátedra fue el propio Rafael García Granados, y me complace añadir que hacia 1945 concurrí a ella en calidad de alumno doctorando.

En 1937 don Rafael incluye en su combativo libro *Filias y Fobias* el "Estudio Bibliográfico" con el que participó en el programa homenajeante de 1931, en donde quedan registradas las ediciones de las obras de Clavigero y los estudios y biografías acerca de este tema.⁹ Trabajo en verdad meticulado, erudito y benedictino no superado hasta hoy y que por lo mismo, con ligeras variantes, fue incluido en el segundo tomo de la *Historia Antigua de México* publicada por la Editorial Delfín de México en 1944.

Volviendo de nueva cuenta a la obra de Méndez Plancarte sobre los humanistas mexicanos del siglo XVIII, jesuitas desterrados a Italia por el despótico decreto de 1767, el autor subraya que Clavigero fue uno de los plasmadores arquitectónicos, junto con los demás compañeros exilados, de la cultura criolla dieciochesca y sumo representante del humanismo, además de precursor del México independiente y maestro de la mexicanidad. Su acendrado mexicanismo se levanta iracundo contra los juicios falaces de los De Pauw y compañía y se consagra a "reivindicar del olvido los valores de la cultura precortesiana y a trazar la historia interna de las naciones aborígenes".¹⁰ Se indigna, como consumado filaletes (amante de la verdad) de las imposturas históricas forjadas por los ilustrados europeos, a los que más valdría calificar

⁸ P. VII del prefacio a la *Historia bajacaliforniana*.

⁹ Publicado por Editorial Polis, México, 1937, p. 279-309.

¹⁰ En *Humanistas del siglo XVIII*, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 24), p. XI, XIV.

de deslustrados, y en su defensa histórica del pasado prehispánico y novohispano muestra ya "una conciencia profética de la patria inminente que está gestándose en las entrañas de la Nueva España".¹¹ Clavigero y sus hermanos exiliados quieren ser nada más y nada menos que mexicana y, como escribe Méndez Plancarte, "México es [para ellos] la patria inolvidable a la que incesantemente vuelven sus ojos velados por el dolor del exilio y su corazón transido de incurable nostalgia".¹²

Contradictorio y polémicamente agresivo como en todo lo que escribió, se muestra el fascículo *Bio-Bibliografía del historiador Francisco Javier Clavijero* que publicó en 1931 el por entonces coronel don Rubén García.¹³ Por supuesto sus fuentes provienen en primer término, como ocurre con todos los biógrafos del padre Clavigero, de Juan Luis Maneiro; después de los datos y críticas antijesuitas del señor José Miguel Macías y de la información que le proporciona el eminente cronista del *México Viejo*, don Luis González Obregón, que a modo de prólogo corre inserta en la *Historia antigua de México*, editada en 1917 por la Secretaría de Educación Pública.

Según el historiador castrense, durante los estudios de Clavigero en el colegio para escolapios jesuitas de San Ignacio de Loyola (llamado a partir de 1767 Colegio Carolino) de Puebla, se dio ahincadamente al estudio de la filosofía "y leyó ocultamente, pues repatabanse de peligrosos para la religión, los libros de Renato Descartes... y los de Guillermo Leibiniz". Pero esta afirmación no es absolutamente cierta, porque la Compañía de Jesús en 1751 y hasta su extrañamiento en 1767 no se mostró reacia a que sus maestros conociesen los libros sobre filosofía, física y teología que se publicaban en Europa, siempre que las lecturas las hiciesen los iniciados en los reservados dispuestos en sus bibliotecas. A lo que la Compañía se oponía era a la enseñanza de las nuevas teorías o doctrinas. Por eso cuando en México, Guadalajara y Valladolid (Morelia) fue profesor Clavigero, encontró la oposición de sus superiores que temían la influencia que sobre los alumnos pudieran ejercer las teorías de Tico Brahe, Newton, Malebranche, Descartes y otros.

¹¹ *Ibidem*, p. XI.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Vide supra*, editada en México por el Departamento del Distrito Federal 1931, 22 p.

Por otra parte, el propio crítico, Rubén García, se contradice cuando recoge la cauta y benevolente corrección que el provincial, padre Juan Baltasar, le hiciera a Clavigero para que moderase su entusiasmo "Tienes razón en lo que expones; pero no es tiempo de hacer novedades: te relevo del empleo para que no violentes tus sentimientos ni atormentes tu conciencia". Y en Valladolid, por ejemplo, recibió Clavigero la aprobación del provincial, padre Francisco Ceballos, por la manera de enseñar la física, química y astronomía modernas.

También resulta desconcertante para el lector que el señor Rubén García, que está haciendo la apología del Clavigero historiador, patriota y progresista, se aparte sin ton ni son de esta vía y, fundado en la *Biografía*. . . de José Miguel Macías,¹⁴ descargue contra la Compañía de Jesús una andanada de siete descomunales descalificaciones. Aprovecha también la ocasión para darle ligero repaso al historiador Carlos Pereyra, por un elogio que éste hace de la educación jesuita.

Para el historiador español transterrado José Miranda fue Clavigero uno de los astros de la ilustración mexicana; el otro, Gamarra, y ambos a la vez fueron artífices de la modernidad mexicana.¹⁵ Nuestro historiador veracruzano —escribe Miranda— una vez superados los límites obligados a que nos condenaba la biografía de Juan Luis Maneiro sobre su coterráneo, gracias a nuevos documentos encontrados sobre sus actividades, sabemos se dejó seducir por las nuevas ideas filosóficas adquiridas mediante sus lecturas. Empero, Miranda, discrepando del biógrafo, que quiere someter al biografado a la camisa de fuerza del peripatético, dada la devoción con que se consagró Clavigero a la filosofía moderna y dado asimismo a su tesón y ardiente temperamento, nos lo presenta primero como un estudiante y luego como un profesor verdaderamente revolucionario que tuvo predilección por la física experimental y propugnó en su famoso *Diálogo entre Filaletes y Paelófilo*, "la necesidad de la experiencia y la supremacía de la razón sobre la autoridad humana en las ciencias físicas y naturales". Clavigero, prosigue Miranda, a diferencia de su hermano de orden y amigo, el padre Alegre, jesuita acomodaticio, conciliador

¹⁴ José Miguel Macías, *Biografía del egregio historiador, naturista y poligloto Francisco J. Clavijero*, Veracruz, Imprenta de la logia "Lumen", 1883. Curiosísimo ejemplar de anticlericalismo y de clerofobia exaltada.

¹⁵ Véase su "Clavijero en la Ilustración Mexicana", en *Cuadernos Americanos*, núm. 4, México, 1946, p. 180-196.

y oportunista, "era inquieto, rebelde. . . no podía sufrir el ten con ten, el freno, ni el grifo entreabierto" que prudentemente iba abriendo la Compañía. A pesar de las advertencias y recomendaciones de Alegre, nuestro historiador dieciochesco no quiere proceder con hipocresía pues su combate escrito y oral por la nueva filosofía quiso hacerlo sin cohibirse, sin reservas astutas frente a sus jóvenes alumnos, entre los cuales se halló, como lo escribe Maneiro, nada menos que el adolescente Alzate.

Francisco Javier Clavigero fue por naturaleza "un ser hipersensible e insobornable; de aquí que Miranda lo califique ciertamente como "el gran atormentado de la Ilustración mexicana", y por ello, susceptible en extremo, se muestra siempre éste mortificado, desasosegado y encabritado frente a la menor injusticia.

Don Jesús Romero Flores, notable historiador michoacano, se encargó entre 1939 y 1940 de poner pelos a la sopa encomiasta de pureza, religiosidad y disciplina con que el biógrafo Maneiro adobó la personalidad clavigeriana. Mas su biografiado era también un hombre de carne y hueso como lo muestran con sus debilidades humanas los "Documentos para la biografía del historiador Clavigero".¹⁶ Las cartas de éste delinean a un hombre abatido, desalentado, desesperado. El Clavigero de Guadalajara es otro muy distinto del que nos presenta Maneiro: nada activo, nada entusiasta, melancólico, desganado y más bien indiferente a los ministerios sacerdotales. Las astucias del demonio le rendían y sujetaban cuando novicio, según le escribe a su provincial a Tepetzotlán (Carta del 23 de abril de 1748) y lo hacían incluso desobediente. Y encontrándose en Valladolid, el borrador de una carta suya nos presenta a un Clavigero un tanto metiche por haberse inmiscuido "en cierto casamiento intentado ahora hace un año". En la misma data anterior, pero trece años después, el superior provincial Pedro Reales escribe a Clavigero y le reprende por graves omisiones: "Son ya tantas las quejas que tengo de su falta de aplicación devida a los ministerios, de su desafecto y desamor a los indios, de su voluntarioso modo de proceder como de quien ha sacudido enteramente el yugo de la obediencia".

Sin embargo, ante la dramática disyuntiva de 1767 de abandonar a la Compañía de Jesús y quedarse en la Nueva España o ser desterrado a Italia, se decide por el inseguro futuro del exiliado

¹⁶ Véanse sus "Documentos para la biografía del historiador Clavigero", en *Anales del Instituto de Antropología e Historia*, tomo I (1939-1940) Editorial Stylo, p. 307-315.

antes que renunciar a su orden: lo que prueba su firme vocación, amor y fidelidad jesuítica.

El historiador español, también exiliado, Víctor Rico González publicó en 1949 una serie de estudios historiográficos sobre los *Historiadores mexicanos del siglo XVIII*,¹⁷ obra en la que no podía faltar una obligada reflexión sobre Clavigero, y, en la que elogia muy justificadamente la peculiar característica del historiador veracruzano: *su pasión por la verdad* y no, como es más usual decir, sostiene Rico González, *su amor por la verdad*. Porque este “apasionado revolucionario” poseía, dice su exégeta, un “genio ardiente”. Ello explica que su *Historia Antigua* sea polémica, de estilo violento, cuando contrataca a Buffon y especialmente al desatinado, injurioso e inundo De Pauw.

El historiador Rico González menciona en su exégesis que las obras de Clavigero se caracterizan también por “un relativismo histórico que no deja lugar a dudas”. Es decir, que en el historiador exiliado la *Historia* está circunstancialmente determinada; que existen tantas verdades cuanto cambiante y múltiple es la idea de la historicidad de la verdad.¹⁸ Afirmación esta última que resultaba no sólo insólita sino incluso irracional en una época ilustrada, donde la racionalidad constituía la médula y el espíritu de una era que se oponía a la relatividad de la verdad. Y refiriéndose el historiador español a la dependencia de Clavigero respecto a Torquemada, denunciada por el historiador cubano Julio Le Riverend Brusone, está de acuerdo con ello; pero que bien considerado, entre ambos autores existen “tantas diferencias que muy bien pueden equipararse las coincidencias”.¹⁹

Le Riverend, graduado en el Colegio de México, al estudiar la labor de Clavigero como historiador señala la valoración que de las fuentes indígenas llevó a cabo éste en su *Historia*, así como de sus transcripciones españolas. Mas también repara en que el desterrado atendió más particularmente a los tenochcas y subvaluó otras culturas. Sin embargo, lo más importante es que Clavigero “al recoger los sentimientos criollistas e incorporarlos a la historiografía, prepara ya el camino a la actitud nacionalista del siglo XIX. A este respecto —prosigue Le Riverend— conviene subrayar que durante el siglo XVIII se opera el cambio de sentido de la tradición indígena que adquiere entonces un tinte patrió-

¹⁷ Editados en México, Instituto de Historia, UNAM, 1949.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 39.

¹⁹ *Ibidem*, p. 44.

tico, secularizando el proindigenismo del siglo xvi. Fue el paso previo para la aparición del indigenismo como actitud social, propio del siglo xix y de nuestros días".²⁰

El capítulo iv del opúsculo *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales*,²¹ de la historiadora Gloria Grajales, está dedicado al examen historiográfico del nacionalismo y la modernidad en la obra de Clavigero. En efecto, de acuerdo con la investigadora, los datos biográficos del ilustre jesuita, la apreciación general de su obra histórica y el sentimiento religioso del mismo se reflejan a lo largo de sus textos; "se va haciendo sentir" su "conciencia de mexicano" y como prueba de este aserto nos remite a las fuentes escritas de Clavigero, donde éste, escalpelo historiográfico en mano, vivisecciona el ser moral del mexicano (positivo y negativo) y su característica religiosidad.

Por lo que toca al examen crítico de la *Historia antigua de México*, Gloria Grajales considera que Clavigero revaloró y renovó la historia del México prehispánico; fue un innovador y mostró gran pasión por lo mexicano, aunque a veces su desequilibrio pasional se muestra patente. Estima, citando a Miranda, que el historiador veracruzano tuvo la sed de saber y mostró una extremada curiosidad por los temas nuevos, lo cual constituye y caracteriza a los ingenios del siglo de las luces. Encuentra además que la actitud del jesuita desterrado a Italia sigue una dirección sociológica, lo que lo distingue de los historiadores coloniales novohispanos anteriores a él, puesto que el estudio del desarrollo histórico del pueblo indígena de México se funda socialmente en el análisis de las raíces prehispánicas.

A continuación la investigadora transcribe párrafos de la *Historia antigua* como guía para el presunto lector de la obra: "El retorno de Quetzalcóatl", "Elogio a Tetzcoco y a su rey Nezahualcóyotl", "Moctezuma Xocoyotzin", "Doña Marina", "Hernán Cortés", "Fray Juan de Zumárraga" y "Sigüenza y Góngora". De éste último subraya el hecho, declarado por el propio Clavigero, que los documentos atesorados por aquél, "fue el principio —como afirma el padre Cuevas— que luego había de germinar y dar a su tiempo tan sazonados frutos".

El doctor en Filosofía Luis Villoro, en su examen crítico de la tesis indigenista de Clavigero, sostiene que dicha tesis, consis-

²⁰ Véase "Problemas de Historiografía", en *Historia Mexicana*, núm. 9, México 1953, p. 64.

²¹ Editado en México, *Cuadernos del Instituto de Historia*, 1961.

tente en la revalorización del pasado prehispánico nahua, nos ha permitido adquirir conciencia de ese pasado y, por lo mismo, sentirlo como constitutivo de lo novohispano y de lo criollo; en oposición al arquetipo europeo vigente hasta en aquel entonces, que comienza así a ser sentido como ajeno, como lo otro. Clavigero trasmuta lo indígena en ejemplar clásico; lo sublima y lo eleva a la misma altura del pasado clásico grecorromano; es a saber, le otorga normatividad, canonicidad, valores universales y trascendentes: humanísticos, referidos al Hombre y no al individuo.²²

Y no refiriéndonos ahora a *Los grandes momentos del indigenismo*, sino a un ensayo del mismo Villoro, "La naturaleza americana en Clavigero",²³ indicaremos que en este ensayo el autor subraya atinadamente que "con la generación de Clavigero la inteligencia americana ha vuelto a descubrir su contorno natural. Para ello fue menester considerarlo como parte integrante de la propia vida: esta apreciación de la naturaleza es un factor que hace posible la dirección del amoroso descubrimiento de la tierra con la reivindicación del grupo humano más entrañablemente ligado a ella: el indígena".

Dos veces en un intervalo de doce años se ha interesado el historiador Jesús Gómez Fregoso en la personalidad y obra histórica de Clavigero. La primera fue en 1967 con una tesis para obtener el título de licenciado en Historia, sobre "Francisco Xavier Clavigero y su *Historia de la Baja California*"; la segunda en 1979 con *Clavigero: Un ensayo de interpretación y aportaciones para su estudio*. Las conclusiones del autor por lo que toca a su primera obra, la tesis citada,²⁴ sostiene que para él no es evidente que el grupo de jesuitas exiliados sea considerado como "el primer núcleo consciente de una nueva nacionalidad mexicana", si bien acepta que todos sus componentes manifestaron estimación por lo mexicano.²⁵ Refiriéndose a Clavigero advierte al lector que a esta figura debe estudiársele en su totalidad de persona humana, es decir, considerando su condición de mexicano y jesuita. Y respecto a la segunda parte de su tesis sobre la *Historia de la Baja California*, el impulso que determinó a Clavigero a

²² *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1955, p. 9-89, 90, 115, 127-129.

²³ En *La Palabra y el Hombre*, 1963.

²⁴ UNAM-Universidad Iberoamericana, 1967.

²⁵ *Ibidem*, p. 90.

escribirla se debió a sus "inquietudes jesuíticas" que le llevan a emplear un contenido apologético a favor de la Compañía.

En su segunda obra intenta desmitificar la personalidad del ilustre veracruzano.²⁶ La primera sección del libro es la traducción anotada de la biografía de Clavigero escrita por Maneiro; la segunda sección se refiere al "criollismo novohispano y el indigenismo de Clavigero". Gómez Fregoso pone en duda la sinceridad del indigenismo de estos jesuitas nacionalistas, dedicados los más a la enseñanza "y no precisamente al trato directo con los indios".²⁷ El indigenismo de Clavigero es así clasificado como "de café", verbigracia, teórico, muy romántico; pero sin compromisos concretos con las luchas indígenas. Mas aún, el crítico llega al extremo de expresar que "el nacionalismo criollo, del que Clavigero es un magnífico exponente, puede también tacharse de racista y autosuficiente".²⁸

En su monumental obra sobre *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, el erudito italiano Antonello Gerbi dedica veinte páginas (245-265) a glosar las refutaciones de Clavigero contenidas en las *Disertaciones* contra las imposturas de los ilustrados europeos en general y particularmente contra De Pauw. La manera del contrataque polémico es la de retorcer "contra Europa misma o contra el Mundo Antiguo los argumentos elaborados por los europeos": técnica del *tu quoque*. Por boca de Clavigero "América se defiende enumerando minuciosamente las debilidades de Europa".²⁹

Con motivo de la repatriación de los restos del ilustre veracruzano, ocurrida el 5 de agosto de 1970, el pueblo y gobierno del estado de Veracruz rindieron homenaje "al vástago ilustre y figura prócer de la Patria, que dio a conocer al mundo las raíces de nuestra herencia cultural". Fue el doctor Miguel León-Portilla el encargado de escribir y leer públicamente un trabajo³⁰ que mostrase la calidad y proyección de la vida y la obra de tan insigne porteño y que tal escrito quedase asimismo como testimonio perenne del acontecimiento, con el que se honraba al "hu-

²⁶ *Clavigero: Ensayo de interpretación y aportaciones para su estudio*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1979.

²⁷ *Ibidem*, p. 99.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ Publicación del Fondo de Cultura Económica, México, 1982 (2a. edición en español), p. 261.

³⁰ *Recordación de Francisco Xavier Clavigero. Su vida y su obra*, Veracruz, 1970.

manista e investigador profundo de nuestra realidad cultural e historia". Para León-Portilla —también él historiador y humanista—, Clavigero desde que era estudiante de filosofía mostró su inclinación "por las corrientes del pensamiento moderno". Como fiel "filaletes" toda su vida se mantuvo abierto a las ideas modernas, incluyendo en ellas su interés científico y a la par nacionalista "por descubrir en las culturas indígenas posibles valores de significación universal". Su modernidad se manifiesta no sólo en la *Historia Antigua*, sino también en la de *Baja California* y en otros opúsculos.

Como es sabido y como lo subraya León-Portilla, fueron las *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* de Cornelio de Pauw las que impulsaron a Clavigero a escribir su primera *Historia* en defensa del hombre y del mundo indígena, prehispánicos, así como la segunda la escribió para deshacer infundios y hacer resaltar las increíbles hazañas misioneras de sus hermanos de orden en la ignorada península de Baja California.

León-Portilla considera que el abordaje filosófico de Clavigero otorga a la *Historia antigua de México*³¹ una significación universalista y además hace de ella un modelo de presentación moderna. Es una obra —añade el crítico y exégeta— "que conserva en mucho su vigencia y debe ser leíd[a] como la clásica presentación del México antiguo, en el siglo de las luces". Y no sólo eso, ella trasunta y decanta asimismo un "acendrado mexicanismo" mediante el cual el criollo desterrado "encuentra en lo indígena una de sus raíces culturales más hondas".

Por lo que toca a la *Historia de la Antigua o Baja California*, no se trata en este caso de la presentación "en el siglo de las luces, como ocurrió con la anterior *Historia*, de lo que habían sido las culturas indígenas en esta porción del nuevo mundo", sino de la vida de unas míseras y hambrientas tribus salvajes que habitaban una península pobre y abrupta, adonde habían llegado sus hermanos de orden para elevar a aquellos infelices a la dignidad de hombres cristianos. Intentar dar razón de esta prodigiosa transformación fue precisamente lo que inclinó a Clavigero a escribir la historia de dicha transmutación.

León-Portilla refiere los esfuerzos de Clavigero para proveerse de fuentes escritas sobre la historia y la geografía peninsulares, sobre el mundo natural y moral y sobre el sacrificio y heroísmo

³¹ Editada por Porrúa, S. A., (Sepan Cuántos. México, 1970.

de los tenaces misioneros jesuitas. Otro apartado de la introducción se refiere a la historia y a la historiografía sobre la Baja California, y nos cuenta también el prologuista los peligros que durante el siglo pasado amenazaron la integridad del territorio peninsular dejado de la mano de Dios. Se ha pensado, como en el caso ya citado del historiador Jesús Gómez Fregoso, que este trabajo de Clavigero podía tener mucho de apología; pero la respuesta de éste, acotada por León-Portilla, nos muestra que el historiador veracruzano hacía con su *Historia* justicia a sus correccionarios y era fiel para con el público lector.

En fin, el prologuista acepta que la *Historia de la Baja California* es una obra clásica, por cuanto su utilidad o interés práctico significa la apertura de posibilidades "con miras al presente y al futuro"; de aquí la justificación de esta nueva edición de la obra del exiliado veracruzano que, como remacha su comentarista, "supo descubrir la significación universal de la cultura patria".³²

El que fuera por la década de los setenta subsecretario de Cultura Popular, el antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán, publicó en 1976, en la colección SepSetentas (número 249) una antología de Francisco Xavier Clavigero, cuya selección y estudio introductorio llevó a cabo con acertado tino. Con conocimiento y habilidad el profesor resume en cinco principios los fundamentos antropológicos de Clavigero:

Primero: la afirmación del jesuita sobre la unidad del género humano (postulada originalmente por los misioneros y por el padre Acosta); la valoración igualitaria de las almas de europeos y americanos y la necesidad de una educación que borre las diferencias entre los hombres, y una condición más: la libertad económica y política.

Segundo: descansando en el postulado anterior, señorea la concepción racional del hombre y del universo y, por consiguiente, el rechazo de la dimensión preternatural y demoniaca.

Tercero: establecidas las dos afirmaciones anteriores, el criollo primero y el mexicano actual después se incautan de la naturaleza y la historia indias, lo que explica la exaltación de todo lo indio que brota en la *Historia Antigua de México*.

Cuarto: luego entonces ya no existe impedimento alguno que impida el mestizaje biológico y cultural entre españoles e indios

mexicanos. Empero hay un matiz peculiar que señala críticamente Aguirre Beltrán: Clavigero no desea el mestizaje entre hombres, cultural, política y socialmente desiguales (p. 45).

Quinto: el último postulado concierne a la emancipación americana.

De este modo es como Clavigero —sostiene el comentarista— resulta ser “uno de los portavoces más conspicuos de este estado de ánimo que es el que precede a la revolución por la independencia”.

Creemos necesario hacer una advertencia al final de esta primera sección. No hemos aspirado a ser exhaustivos por lo que respecta al número de autores consultados; sabemos de antemano que no han desfilado por estas cuartillas todos; pero sí lo han hecho los que hemos considerado más significativos para nuestro propósito informativo.

II

Tres motivos confesados impulsaron al jesuita mexicano desterrado en Italia, Francisco Javier Clavigero, a escribir su *Historia Antigua de México*: evitar una ociosidad enojosa y culpable “durante su destierro”, “servir a [su] patria en cuanto [sus] fuerzas le alcanzasen” y “reponer en su esplendor a la verdad ofuscada por una turba increíble de escritos modernos sobre América”.³³ Los escritores modernos que habían calumniado a América en general y en particular a México eran los ilustrados —mejor sería deslustrados— Cornelio de Pauw, abate prusiano, el naturalista francés Buffon, y Raynal y Robertson, entre los más censurables, quienes criticaron y pusieron en duda los valores de la naturaleza natural y moral de nuestra América. Clavigero al igual que otros jesuitas americanos de los extrañados, desde su melancólica nostalgia de la tierra en que nació, se crió y educó, sale en defensa del terruño y combate contra esos críticos falaces con una emoción peculiar que ya podemos llamar nacionalista. En carta de Clavigero a su amigo Mariano Fernández de Echeverría y Veytia le expresa a éste que emprendió su “obra por servir en lo que pudiese a [su] patria” (carta del 25 de marzo de 1778), sin parar mientes tanto en las dificultades y fatigas de la empresa como en los gastos que le ocasionaría la misma.

³³ *Historia Antigua de México*, México, Editorial Delfín, 1944, t. I, p. 43

La *Historia* del jesuita veracruzano no quiere ser, como las de sus antiamericanos contrincantes, una obra crítica filosófica o considerativa, como por aquel tiempo se decía, supuesto que está montada y demostrada mediante el aparato crítico comprobante de las verdades asentadas. Los historiadores dieciochescos no se preocupaban de estas, para ellos, minucias y les bastaba enunciar reflexiones, juicios morales y políticos. Los historiógrafos ilustrados no necesitaban ahondar en el conocimiento de hechos específicos, porque semejantes conocimientos ponían en crisis las consideraciones y fundamentos críticos formulados por ellos con respecto al descubrimiento, la conquista, la colonización y los conceptos estereotipados sobre el indio y sus culturas.

Para rectificar juicios tan generales y combatir los enormes errores que ellos entrañaban, y que herían sus pensamientos y sentimientos más íntimos, Clavigero tiene que tomar partido a favor de su México y de los indios. Se trata, de acuerdo con su visión de la historia, de restablecer la verdad y la justicia mediante el relato fiel de lo verdaderamente ocurrido. Ahora bien, justo porque el historiador está al servicio de la verdad es por lo que no puede ser al mismo tiempo filósofo, como expresa Le Riverend Brusone.³⁴

Situado nuestro historiador jesuita en un ambiente cultural denso y todavía iluminado por los postreros destellos del humanismo, teniendo además a su alcance las nutridas y selectas bibliotecas italianas, sin parangón en su tiempo, e inmerso por consiguiente en unas corrientes culturales en donde tradiciones y novedades se enfrentaban, es perfectamente natural que su idea de la historia presentase las contradicciones inherentes a una época de desequilibrios, de cambios radicales. Clavigero en el texto de las *Disertaciones* se muestra fiel a sus creencias de hombre católico y ceden por tanto su experiencia y conocimientos ante la autoridad bíblica: "El sumo respeto que se debe a los libros santos —escribe— me obliga a creer que los cuadrúpedos y reptiles del Nuevo Mundo descienden de aquellos que se salvaron del diluvio universal en el arca de Noé" (*Disertaciones*, 1). Y por la misma razón muchos de los graves problemas de la arqueología americana que se le presentan son fundamentados sobre el testimonio autoritario del Antiguo Testamento. En la *Historia Antigua de México* se muestra pues el autor más libre para emitir

³⁴ Véase su "Prefacio" a la *Historia* (nota 1)

sus ideas; se atiene a la que ha sido llamada "una teoría de la objetividad histórica, la primera que aparece desarrollada con cierta amplitud en la historiografía mexicana",³⁵ y en función de la cual no sólo se niega la intervención diabólica en la vida y costumbres precortesianas, clave de la interpretación de los cronistas e historiadores de los siglos XVI y XVII, sino también las analogías y dependencias cosmogónicas y legendarias de la historia americana con los episodios y hechos de la tradición bíblica. Así, por ejemplo, la identificación de Cholula-Babel sostenida por Boturini.

Es cierto que Clavigero siente repugnancia por ciertos aspectos y hechos de la civilización indígena, e incluso en la *Historia de la Antigua o Baja California*, obra póstuma, no le tiembla la pluma para denunciar abominaciones y torpezas de los indios. En términos generales, él prueba las bondades del indio y aporta razones justificativas de sus debilidades. En el fondo sus ideas sobre éste son, ante todo, alegatos políticos; de aquí el uso de ellos por parte de la generación criolla independentista. Empero su cristiano amor a los indios, su filoindigenismo, trasunto de su amor por la humanidad, no comprende el amor hacia los negros, frente a los cuales muestra gran desdén.

Como humanista se nota en nuestro historiador la huella retórica de sus lecturas clásicas. A Cicerón debe, sin duda, la recomendación para el historiador de "no violar las leyes de la historia". Mas preguntémosnos ¿de que clase de leyes nos está hablando? Desde luego no se trata de normas materiales, ya positivistas o psicológicas, puesto que todavía no habían sido formuladas, sino más bien de leyes formales metodológicas que nada tienen que ver con el contenido científico. Y para este propósito recordemos lo que escribe el gran orador latino respecto a las tres supuestas leyes de la historia: "que el historiador no diga nada falso, que no oculte nada verdadero y que no haya en él sospecha de pasión y aborrecimiento" (*Diálogo del orador*, libro II, cxv). Pues bien, cuando nuestro jesuita desterrado se refiere a la ley suprema de la historia, que se funda en la fidelidad y depuración de las fuentes informativas, está siguiendo, repitamos, la huella retórica de los clásicos y confirmando los consejos ciceronianos sobre la necesidad de emplear "un estilo abundante y sostenido,

³⁵ *Ibidem*

fluido y apacible, sin las esperanzas judiciales ni el aguijón de las contiendas forenses". (*Ibidem*).

Y prestemos ahora oído a la interpretación que da Clavigero de esa ley suprema de la historia.

En nada he tenido más empeño que en mantenerme en los límites de la verdad, y quizá mi historia sería mejor recibida por muchos, si la diligencia que he empleado en averiguar lo verdadero hubiera sido aplicada a hermostrar mi narración con un estilo brillante y seductor, con reflexiones filosóficas y políticas, y con hechos creados por mi imaginación.³⁶

En fin, termina su pensamiento al respecto con su corolario ciceroniano, cuando escribe que "siempre ha tenido a la vista aquellas dos santas leyes de la historia, a saber: no atreverse a decir lo falso, ni tener miedo a decir lo verdadero; y creo que no las he infringido".³⁷ La historia es también para Clavigero como lo fue para su modelo, *magistra vitae*; empero este su rezagado clasicismo escolástico no le impedirá ser un filósofo e historiador ilustrado, aunque a la hispánica y catolicísima manera.

Por consiguiente, la *Historia antigua de México* y las *Disertaciones* están intercaladas con reflexiones y comentarios a la moda ilustrada, e inclusive con emociones personales que proyecta Clavigero en personajes y episodios históricos lacrimosos, y, sobre todo, cuestiona en muchas ocasiones a ciertos historiadores (Motolinía, Sahagún, etcétera) a los que aprovecha, pero con los que no está de acuerdo; por ejemplo, con Torquemada, al que califica de "falto de memoria, de crítica y de gusto",³⁸ a pesar de su aplicación y diligencia. Como en su *Historia* —prosigue el crítico— hay sin embargo "muchas cosas preciosas que en vano se buscarían en otros autores, me ha sido necesario hacer con ello lo que Virgilio hizo con las obras de Ennio, esto es, buscar las perlas entre el estiércol".³⁹

No fue por supuesto Clavigero el primer americano en enarbolar una encendida y justificada crítica contra los calumniadores de América, contra la civilización indohispana fundamentalmente: La degeneración moral y natural acordada a nuestro continente

³⁶ *Historia Antigua de México*, p. 44.

³⁷ *Ibidem*, p. 45.

³⁸ *Ibidem*, p. 29.

³⁹ *Ibidem*, p. 30.

por los Gage, Marmontel, Raynal, Robertson y sobre todo por el abate prusiano Cornelio de Pauw. De acuerdo con Antoine Joseph Pernety en su *Examen de Recherches*, el primer crítico hispanoamericano de De Pauw fue "Mr. le Comte de Orcassidas, Créole, fils d'un Viceroi du Mexique" que se encontraba en Berlín en 1771 completando su instrucción. Es a saber el aristocrático cubano que llegaría a ser, como lo fue su padre, virrey de la Nueva España (1789-1794), segundo conde de Revillagigedo, quien de viva voz le comunicó a su interlocutor su disgusto por la hipótesis manejada por De Pauw respecto a América y sus habitantes. Los segundos críticos, entre ellos Clavigero, fueron los jesuitas expulsados y residentes en Italia, quienes redactaron nostálgicas historias de la patria ausente: la *Historia natural de Chile* del padre Molina; la *Historia general del reino de Quito* del padre Velazco; el *Ensayo sobre la historia natural de la provincia del Chaco* del abate José Jolis (S.J.); la obra sobre el Orinoco y Tierra Firme del padre Gili y el tratadito del padre Peramás sobre la *República de Platón y los guaraníes*.

Las refutaciones de estos padres se apuntan principalmente contra De Pauw y, por lo que toca a nuestro Clavigero, éste lo llama sucio y mordaz no sólo por los errores históricos que contienen las *Recherches philosophiques*, sino también por "su particular empeño en desmenuzar todas las materias que tienen relación con los placeres obscenos".⁴⁰ Mediante una sarcástica técnica tuquoqueísta, permítaseme el término, que no tiene desperdicio, Clavigero se convierte en un polemista contundente. La erudición de que hace gala Clavigero no sólo le sirve para rechazar los despropósitos e injurias del prusiano, sino que también está al servicio del incipiente nacionalismo mexicano ansioso de una patria muy suya e independiente; de aquí la exaltación apologética de la cultura mexicana que no cede en nada frente a los valores consagrados de las antiguas y refinadas culturas clásicas del Viejo Mundo. Sólo le faltó acaso ironizar como lo hizo Kant, para el cual el cacique Attakakullakulla era inferior al héroe griego Jasón sólo porque no poseía nombre griego.

México, D. F. agosto de 1987

⁴⁰ En *Historia Antigua de México*, México, Editorial Porrúa, 1945, vol. II, p. 158-159.